PANICO EN EL OBSERVATORIO

por Carlos Sáiz Cidoncha

autor de «SECUESTRO AEREO», «EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA», «LA CALLE LARGA», «EL HECHIZERO», «LAGRIMAS VERDES DE LENG» y «LOS HORRORES DEL CASTILLO MAGSON»

Es muy probable que el relato que sigue no sea creído por nadie. En primer lugar por su propia extrañeza, y luego por el lugar donde el hecho sucedió, un lugar que para el vulgo parece constituir la antítesis de cualquier escenario siniestro o sobrenatural.

Los meteorólogos estamos comúnmente considerados como personas inofensivas que toman el pulso a la atmósfera, emiten sus predicciones sobre el tiempo, las más de las veces acertadas, las menos erradas (pese a lo que digan los detractores), y no se meten en peores dificultades, ni muchísimo menos en cuestiones de magia negra o misterios arcaicos.. Un observatorio meteorológico suele ser una comunidad tranquila, donde si a veces se discute es simplemente para pasar el rato entre mapa y mapa.

Precisamente nuestro observatorio, al mismo tiempo central, se halla situado en un lugar muy apacible, sobre una colina rodeada de pinares, no lejos de los edificios universitarios, un hermoso enclave natural donde los domingos de verano no es raro ver a familias que vienen para celebrar en la inmediaciones una comida campestre. A nadie se le ocurrió nunca pensar que en algún tiempo pasado dicha colina hubiera sido utilizada para otra clase de fines.

Comenzaron los acontecimientos poco después de acabar una temporada de lluvias especialmente fuertes(«intensas precipitaciones», decimos nosotros). La rotonda de asfalto que rodeaba el edificio del observatorio se hallaba encharcada, el pinar aparecía como recién lavado, y en algunos lugares de la colina se habían producido corrimientos de tierras. Hacía un fresco agradable, y corría un suave vientecillo.

El observador de Meteorología William Peel y yo mismo, aprovechando una pausa en nuestro trabajo, habíamos acompañado a nuestra compañera Phillys St. George hasta su coche, ya al marcharse ella rumbo a su habitual charla meteorológica en la televisión, paseamos unos minutos por entre los pinos más cercanos, todavía empapados con el agua de lluvia, que refrescaba nuestros rostros al rozarles.

No recuerdo ahora el tema de nuestra conversación, pero sí que fue interrumpido por el hallazgo que hicimos, y que fue lo que puso en marcha todo el proceso posterior. Fue William quien lo advirtió.

–¡Oye! –me dijo, quitándose de la boca su eterna pipa–. ¿Has visto eso?

Nos acercamos. Ante nosotros la tierra mojada se había deslizado colina abajo, dejando al descubierto una oquedad. Dentro de ella podía verse un objeto

demasiado regular para ser una roca o una piedra, aunque, naturalmente, el barro que lo cubría ocultaba su verdadera naturaleza.

Nos picó la curiosidad y llegamos a chapotear en el fango para alcanzar aquella cosa que nos intrigaba.

–Parece una caja –dijo William, cuando la tuvo en la mano–. Una caja de hierro, o de otro metal...

–Una caja enterrada –bromeé–. ¿No podría contener un tesoro?

Le quitamos el barro frotándola con un manojo de hierbas. Era efectivamente una caja, más bien un cofre de metal oxidado. En lo que debía ser su tapa aparecían grabadas unas letras que me parecieron griegas.

–Pues un tesoro no parece –respondió William a mi broma–. Pero sí podría ser una hallazgo arqueológico. Puede ser que haya cosas enterradas aquí abajo de las que hasta ahora no hayamos tenido idea.

No sabía entonces lo terriblemente acertada que era aquella frase anodina. Ni yo podía tampoco saberlo, por lo que transferí mi atención al modo de abrir la caja.

No nos fue fácil hacerlo, pues el metal se hallaba, como digo, muy oxidado, y los goznes del cofrecillo estaban deteriorados. Hubimos de emplear un grueso palintroque a guisa de palanca, y hacer severos esfuerzos. Finalmente logramos nuestro objetivo.

El contenido del cofre nos sorprendió por igual a los dos.

–¡Una flauta!

Se trataba de un curioso instrumento de barro cocido, compuesto por siete tubos de diferentes tamaños. El artefacto parecía muy antiguo, pero se había conservado limpio y cuidado en el interior de su caja.

–¡Qué raro! –meditó William, sopesando el instrumento–. Creo que a esto se le llama un caramillo. ¿Qué antigüedad puede tener?

–No lo sé –repuse–. ¿Sonará todavía?

William limpió cuidadosamente la múltiple embocadura con el revés de su mano, y luego se la llevó a los labios. Una nota semejante a un quejido se elevó del supuesto caramillo al soplar él en el primero de los tubos.

–¡Funciona! –triunfó–. Cada tuvo debe representar una nota. Hasta podría...

Se llevó de nuevo el instrumento a los labios y empezó a improvisar, o al menos eso me pareció al principio. Surgió una melodía, vacilante al principio, para afirmarse luego y continuar decididamente. Una música extraña, densa e insinuante, como nunca había oído yo antes, alzándose y descendiendo en súbitos altibajos, quejándose ahora lastimeramente para luego amenazar en tono grave, o imprecar en la nota más baja para después volver a empezar el motivo, siempre cambiante pero con un atisbo de repetición, de insistencia, de llamada.

Contemplé con cierto asombro a William. Parecía éste absorto en la música que estaba produciendo, ajeno incluso a mi presencia. Entre sus dedos el instrumento parecía temblar, como dotado de vida propia. Una rara sensación se apoderó de mí. Me pareció oír murmullos y roces extraños entre los árboles, y todo el familiar pinar adquirió de pronto un aire de irrealidad.

–¡William! –grité.

No me hizo caso, enfrascado en su música. Verdaderamente asustado, le sacudí con fuerza, mientras volvía a llamarle. Finalmente logré apartarle de aquel éxtasis musical en el que se hallaba.

–¿Qué pasa? –gruñó, sobresaltado de pronto–. ¿Qué haces?

–Esa música que estabas tocando. ¿Qué era? ¿Dónde la has aprendido?

Parpadeó, como despertado de un mal sueño.

–¿Música? Simplemente estaba probando la flauta, recorriendo la escala.
Pero algo debía preocuparle, pues se quedó contemplando el instrumento con cierta perplejidad.
Miré el pinar en torno a nosotros. Todo parecía haber vuelto a la calma. La extraña sensación de irrealidad había desaparecido. ¿Habría sufrido una simple sugestión, provocada quizá por el sonido de aquel instrumento arcaico?
–Vamos –dije– tenemos trabajo en la sala de análisis.
Caminábamos hacia la entrada del edificio, cuando algo nos llamó la atención. Junto al caminillo secundario que bajaba la colina, advertimos una gran mancha en el terreno. No pudimos evitar acercarnos, y vimos lo que parecía ser la boca medio obstruida de un orificio en la tierra.
–Otro corrimiento de tierras por la lluvia –comenté–. Esta colina debe estar hecha una criba.
Pero William examinaba la excavación con curiosidad.
–La tierra ha saltado en todas direcciones –dijo–. Diríase... cómo si algo la hubiera empujado desde dentro.
Me forcé en reír con incredulidad, quizá para acabar de expulsar las sensaciones del momento precedente.
–Quizás haya salido algún monstruo subterráneo, algo así como un morlock de Wells –me burlé. Vamos, que se nos hace tarde.
Más tarde recordaría aquellas palabras, dichas en tono de chiste. Resultarían también inconscientemente reales, aunque no en el sentido que les di.
Habíamos penetrado ya en el vestíbulo, y nos disponíamos a subir la escalera, cuando el sonido nos llegó. Allá afuera, en algún lugar de la colina, estalló un espantoso grito, un alarido terrorífico como nunca antes habíamos escuchado en ningún tiempo y lugar. Los dos quedamos paralizados en el sitio que ocupábamos, como si toda fuerza hubiera abandonado nuestros músculos. Y así estuvimos un largo minuto después de apagarse los últimos ecos de aquel clamor, sin siquiera atrevernos a volver la cara hacia la puerta, mientras un silencio espeso parecía envolver todo el edificio y sus alrededores.
Luego, poco a poco, logramos reaccionar. Nos volvimos muy lentamente, con el temor de advertir a nuestra espalda alguna cosa inimaginable, capaz de producir aquel sonido aterrorizador.
–¿Qué... qué diablos ha sido eso? –murmuró William.
No encontré palabras para responderle. Aquí y allí se escucharon voces, se abrieron puertas y ventanas, y algunos rostros asustados asomaron a nuestra vista.

–¿Habéis oído?
–¿Qué ha sido ese grito?
–¿Qué ha pasado?
–Ha sido ahí fuera.
No había muchas personas trabajando en el edificio a aquella hora de la tarde, pero todas ellas habían sido conmocionadas por el fantástico alarido. No tardó en reunirse un grupo junto a la puerta, avizorando temerosamente el impasible pinar.

–Parece como si hubieran matado a alguien –apuntó el portero, tan nervioso como cualquiera de los demás.
Pensé que había sido algo más que eso. Ninguna criatura viviente hubiera podido lanzar un grito semejante, ni aún en la peor de las agonías.
Por otra parte, tal como podía analizarlo, no se trataba de una señal de muerte.

Más bien de amenaza, o quizá de triunfo.

Pero no pudimos ver nada extraordinario, pese a que osamos aventurarnos entre los árboles. Poco a poco nos fuimos tranquilizando, y aún tratamos de encontrar alguna explicación natural al hecho que nos atemorizaba.

–Quizás haya sido algún estudiante –el observador Navarre, autor de la idea, señaló a los lejanos edificios de la ciudad universitaria, bajo nosotros–. Puede que se trate de una broma, de una gamberrada... utilizando alguna clase de megáfono.

–Pues espero que no vuelvan a repetirlo –gruñó otro de los observadores–. Confieso que me han dado un susto de muerte.

Ya caía la noche, y regresamos al interior del edificio. Se acercaba la hora del relevo nocturno, y sentí que todos se alegraban de volver a sus casas dentro de una horas, dejando tras ellos el recuerdo de aquel sonido indescriptible. Pero no era tal mi caso, pues el servicio de la noche me correspondía a mí también, y ello no dejó de inquietarme, aunque no podía tener idea de los fenómenos de los que iba a ser testigo en las horas nocturnas.

A punto de iniciarse el relevo, hablé con William sobre la flauta que habíamos encontrado. Sin saber por qué, vislumbraba una vaga relación entre aquel hallazgo y la cosa que después había ocurrido.

–Ese objeto puede ser de mucho valor –dije–. Conozco a un especialista en arqueología griega y romana. ¿Quieres que le enseñe la flauta y la caja? Seguro que él puede descifrar la inscripción de la caja.

Vaciló un instante, mientras contemplaba en especial el instrumento, que por algún motivo parecía fascinarle.

–Bueno, si quieres quédate la caja con la inscripción –dijo al fin–, pero creo que esta noche me llevaré conmigo el caramillo. Me gustaría practicar algo en él. Tiene algo que me atrae.

Estuve a punto de contarle la impresión que me había causado la música de la flauta, pero luego renuncié a ello. ¿Qué hubiera podido decirle? Me quedé, pues, con la caja metálica, mientras él guardaba con cuidado el instrumento dentro de su cartera. Poco tiempo después se efectuó el relevo, y vi cómo subía a su coche y se alejaba hacia la ciudad. Nuevos compañeros iniciaron el servicio, y no sé si alguien entre los que salían comentó con los entrantes el asunto del grito en el pinar. Por mi parte me abstuve de hacerlo.

El servicio nocturno comenzó de forma rutinaria sin que ocurriera nada inusitado. Dediqué unos minutos a tomar la frugal cena que había traído al efecto de mi casa, y luego inicié mi propia tarea, diseñando el mapa previsto del Atlántico Sur correspondiente a la primera hora de la noche.

No había nadie sino yo en la oficina de Predicción Aeronáutica, aunque a través de la puerta abierta me llegaban las banales conversaciones de mis compañeros que trabajaban en la sala principal. No existía ningún elemento extraño en el ambiente, y las inquietudes de la tarde parecieron haberse marchado junto con William y su flauta desenterrada.

Estaba a la mitad de mi tarea cuando atisbé con el rabillo del ojo una sombra confusa en la ventana, al otro lado del vidrio. Pero quizá no le presté ninguna atención consciente hasta que me pareció que la cosa se movía.

Dirigí la mirada a la ventana en el momento en que la sombra desaparecía. Fue una visión instantánea y poco fiable, pero creí haber visto, para mi sobresalto, algo así como una gran cara deforme, con unos ojos que me miraban. Pero no pude jurar que realmente aquello fuera real y no fruto de una imaginación exaltada por los últimos acontecimientos.

Permanecí dudando unos instantes, tal vez con más temor que indecisión, pero al fin me decidí a levantarme de mi silla frente al copiador luminoso y asomarme a la ventana. Nada extraordinario se veía afuera. Quedé contemplando durante un rato las oscuras fachadas de los bloques adyacentes, con sus ventanas apagadas, y el vapor que brotaba del zumbante aparato refrigerador del patio. Nada se movía allá abajo, y era imposible que nada ni nadie hubiera podido encaramarse hasta la ventana, sin un roce y sin un ruido.

Pero alguna inquietud debió quedar reflejada en mi expresión, pues cuando me separaba de la ventana para volver a mi mesa de trabajo, entró en la oficina el ayudante aeronáutico Frank Berry, y me preguntó que si me sucedía algo. Le respondí negativamente, y ambos nos pusimos a la tarea, hasta terminar el primer bloque de información de la noche. Ningún fenómeno lo interrumpió, ni volvió a aparecer en la ventana presencia alguna real o imaginaria, bien que no pude evitar llevar la mirada de vez en cuando hacia allí.

Disponíamos ahora de un breve lapso de tiempo antes de que nos llegara nueva información y, llevando por un vago impulso, abandoné la oficina y crucé los desiertos pasillos del observatorio para descender hasta el vestíbulo.

Un rumor de voces atrajo mi atención. Allí estaba el meteorólogo predictor principal de servicio, que aquella noche era el doctor Sir James Castle-John, uno de los más veteranos del cuerpo. Sin duda había salido afuera para dar un paseo a su inseparable pastor inglés, que ostentaba el aristocrático nombre de *Lord Byron*, y ahora conversaba a media voz con el sereno. Me aproximé a ellos.

–¿Ganado? –preguntaba Sir James con extrañeza–. ¿Ganado suelto por aquí a estas horas de la noche? No tengo idea de dónde haya podido venir. ¿Usted está seguro de haberlo visto?

–He visto un gran animal que pasaba entre los pinos –insistió el sereno–. Puede que fuera una vaca, o algo por el estilo. Pero por estos alrededores no hay ninguna granja.

–¿No sería alguna parejita perdida? –sonrió con picardía Sir James–. Muchas noches vienen en coches para arrullarse por aquí, en la oscuridad.

–¿Con la lluvia y con todo lleno de barro? –preguntó el otro, incrédulo–. Y además lo que he visto allá afuera no era ninguna persona. Era mucho más grande.

–Bueno –terminó el meteorólogo–. Si vuelve a ver algo que le parezca extraño, llámeme a la sala de análisis. Buenas noches. ¡Vamos *Byron*!

Observé entonces algo que me llamó la atención. *Lord Byron* era un perro alegre y juguetón, y en las actuales circunstancias hubiera debido estar pugnando por arrastrar a su dueño hacia fuera del edificio. Pero, por el contrario, su impulso parecía en aquel momento desarrollarse en dirección contraria, como si algo dentro del observatorio le atrajera. O como si algo de allá fuera le asustara o repeliera de algún modo.

Saludé a Sir james y le acompañé de nuevo hacia arriba, renunciando a la ojeada que había pensado echar por el exterior. En la conversación me referí al comportamiento del perro.

–Pues tienes razón –convino–. *Byron* no es un perro miedoso, ni mucho menos. Pero esta noche le pasaba algo raro. Estuvo todo el tiempo intentando entrar en el edificio. ¿Qué pasa *Byron*?

El can se limitó a gemir suavemente. Sir James se encogió de hombros y, tras encerrar a su compañero irracional en su pequeño despacho personal, se dirigió a su propia mesa de trabajo.

Continuó transcurriendo la noche, lenta y cansadamente, con el habitual proceso, tantas veces repetido, de la llegada de la información, la confección de mapas, la redacción de pares y de rutas, y vuelta a empezar. Era ya avanzada la madrugada, en «la hora de mayor oscuridad que precede al alba», cuando se produjo el más extraordinario de los acontecimientos misteriosos que se habían iniciado la tarde anterior.

Quizá me hallaba yo mismo algo adormilado, en la espera del siguiente ciclo de trabajo, cuando me despabiló fulminantemente una babel de gritos y portazos procedentes de la sala de análisis. Crucé la puerta, mientras de todas partes acudía el resto del personal, sobresaltado.

Thery, la más joven de las observadoras, estaba sentada en uno de los sillones de la sala, visiblemente muy asustada, mientras su compañera Eleanor y algunos otros componentes del turno intentaban tranquilizarla y que explicara lo que le había sucedido. El ambiente era de gran confusión y todos se preguntaban unos a otros por lo ocurrido, sin que nadie supiera la razón.

Por fin, de las frases entrecortadas y confusas de la muchacha fue emergiendo un vago relato. Había descendido Thery, como le correspondía aquella noche, para hacer la lectura de la caseta de instrumentos situada en el exterior del edificio, justo junto a la a de piedra que, por entre los árboles, bajaba hasta la carretera general. Todo aquel escenario estaba oscuro y solitario a aquella hora, pero la operación se había efectuado anteriormente centenares de veces y no había en ella nada de alarmante.

Según relató la chica, justamente cuando entraba en el pequeño claro donde se alzaba la caseta, había sentido que algo le tocaba el hombro.

Pensando que sería alguna rama de un árbol medio desprendida por el viento, intentó sacudírsela mientras desviaba los ojos maquinalmente hacia ella.

Lo fantástico del relato comenzaba entonces. De acuerdo con las palabras de Thery, ella había visto entonces que lo que la sujetaba por el hombro era una mano gigantesca de piel rugosa y uñas negras y puntiagudas.

Gritó ella con todas sus fuerzas y logró soltarse con una brusca sacudida, tras de lo cual corrió a buscar refugio en el edificio. Tan sólo al llegar a la puerta se atrevió a mirar atrás, y entonces le pareció ver una figura enorme de ojos fosforescentes, que dijo ser en todo semejante al diablo. No quiso enterarse de más detalles, y corrió escaleras arriba hasta entrar en la sala de análisis y alarmar a sus ocupantes.

Terminado aquel confuso relato, todos quedamos en silencio, contemplándonos unos a otros. Luego, tras cambiar apenas algunas breves frases, cada cual cogió el primer instrumento pesado o cortante que encontró a mano, y formamos un grupo de exploración que descendió en busca de quien quiera que fuese el autor del susto de Thery.

Pero no encontramos nada anormal. En cambio sí pudimos escuchar, procedente de la lejanía, un grito emparentado con el que yo oyera la tarde anterior, si bien con un tono inequívocamente burlón. Pese a ser débil y remoto, logró helar la sangre en nuestras venas; tal era su naturaleza. Renunciamos a la expedición y volvimos a entrar en el edificio, cerrando y atracando la puerta tras nosotros.

–Hay algo raro allá afuera –dijo uno de los observadores, inquieto–. No seré yo quién baje mientras sea de noche.

–Señores –intervino el doctor Castle-John decididamente– como autoridad superior en el centro, voy a llamar a la policía. Hasta que llegue nadie abandonará el edificio.

Fueron horas de espera temerosa, pero nada ocurrió. Cuando llegó el coche patrullero de la policía, ya el pinar estaba iluminado por las primeras luces del alba. Escudriñaron por todas partes, pasando el pinar a peine fino, pero tampoco encontraron nada de interés. Les habíamos dicho que probablemente se trataba de un delincuente sexual, y ya antes de iniciar la búsqueda manifestaron que el tal debía haberse marchado mucho antes del amanecer. El único hallazgo insólito pareció confirmar las palabras del sereno dichas a Sir James al empezar de noche, pues descubrieron en el barro una huellas de lo que parecían ser pezuñas.

Cuando llegó el relevo de la mañana, ya la luz del sol había animado algo a nuestro grupo, y al mayoría se había obligado a pensar que debía tratarse efectivamente de un asaltante sexual, quizá disfrazado de alguna forma. Pero en tal conformismo existían dos excepciones; la de Thery, que seguía sosteniendo que aquello que la atacó no tenía nada de humano, y la mía personal, pues yo había comenzado a establecer relaciones entre todo lo ocurrido, y no las tenía todas conmigo. Cuando subía al autobús para abandonar el observatorio, no olvidé llevarme la caja metálica cuyo descubrimiento inició aquella absurda cadena de sucesos.

*** * ***

Mi amigo Héctor contempló fijamente las inscripciones, acercando la caja de metal a sus ojos.

–Es griego, desde luego –dijo– Griego alejandrino. ¿Dónde dices que la encontrásteis?

–En la colina junto al observatorio –le respondí–. No sabía que los griegos hubieran llegado nunca hasta aquí.

–Los griegos propiamente dichos no, pero sí los romanos, desde luego. En los tiempos de la decadencia romana, el griego alejandrino era muy utilizado en los ritos de brujería y magia negra.

–¿Has dicho magia negra? –me alarmé.

Mi amigo asintió.

–Esta caja puede ser muy bien un objeto mágico, una especie de talismán. ¿Contenía algo?

Le describí la flauta de barro cocido, aunque sin hablarle del efecto que su música me había causado.

–Todo concuerda. Se trata de la *siringa*, la flauta de siete tubos propia del dios Pan. Aunque corrientemente suelen ser de caña, y no de barro ni de arcilla. Mira.

Recorrió con el dedo los caracteres grabados en la tapa de la caja.

–«Oh, gran Pan de patas de cabra, dios del terror, señor de los mundos oscuros, donador del espanto, regidor de los placeres tenebrosos. Sabio debelador de lo desconocido, poderoso músico de extrañas melodías, nosotros te invocamos».

–¡El dios Pan! –exclamé–. Pero yo le tenía por una deidad amistosa, que tocaba la flauta por los bosques y perseguía ninfas, con sus amigos los sátiros, los faunos...

–... y los egipanes –terminó mi amigo, sonriendo–. Pero todo ello es una interpretación posterior. El dios Pan es una divinidad muy antigua, anterior a las mitologías griega y romana. Los griegos le identificaron con ese ser alegre y danzarín, quizás engañados por la flauta que era su principal atributo. Incluso le inventaron diversas genealogías, una de ellas haciéndoles fruto nada menos que de los amores culpables de la fiel Penélope con alguno de sus pretendientes. Luego, cuando los romanos unificaron la mitología griega con la propia, se le identificó

con divinidades campestres italianas como Fauno y Silvano.
«Pero no. Pan es muy anterior a todo eso. Quizá procede de Egipto, e incluso de alguna civilización perdida anterior a la del Nilo. Su mismo nombre en griego primitivo es inquietante: Pan, la totalidad. Se le tenía en un principio por un dios extraño y tenebroso, muy alejado del luminoso panteón olímpico. De su nombre, no sé si lo sabrás, deriva el término *pánico*, en el sentido de terror absoluto e incontrolable. Se decía que Pan era capaz de poner en fuga a ejércitos enteros tan sólo con la voz, emitiendo gritos terroríficos.
Salté en la silla, sobresaltado.
–¿Cómo has dicho? –pregunté.
Mi amigo me miró con extrañeza.
–Que el dios Pan podía lanzar gritos tan terribles que ponían en fuga a los más valientes guerreros. Los griegos narraban que en cierta ocasión hizo huir a los mismos Titanes, soplando en un caracol o, según otra versión, con su propia voz.
«Muchas sectas mágicas actuales tienen a Pan por un ser diabólico, que puede ser conjurado para otorgar poderes tenebrosos a sus invocantes. ¿Has leído *The Great God Pan*, de Arthur Machen?
Negué.
–Pues en este libro se expresa la maldición que puede caer sobre una persona y su descendencia merced al sólo contacto con el dios Pan. En realidad la idea viene de muy antiguo. Ya has visto las frases invocadoras que alguien grabó en esta misma caja, hace millar y medio de años. Se le tiene por soberano de un mundo de maldad, violencia y tinieblas, coexistente con el nuestro, un mundo donde todo es bestial, instintivo, perverso. Incluso se cree que el americano Lovecraft se inspiró en su culto para idear los monstruosos panteones de los mitos de Cthulhu.
Se interrumpió para sonreír, como rechazando al reino de la fantasía todas aquellas elucubraciones.
–En resumen, un dios poco simpático ¿no te parece?
Apenas si pude responderle, pues mil locos pensamientos se agitaban en mi mente. Balbuceé una apresurada despedida y abandoné la casa de mi amigo Héctor, con la caja de metal bajo el brazo.
La flauta, pensé mientras caminaba al azar por las calles de la ciudad. Con la flauta que William Peel había empezado todo. Aquella música demente que William Peel había negado producir por su propia voluntad... ¿sería posible que hubiera despertado... algo? ¿Algo capaz de rondar por las noches entre los pinos, y de lanzar gritos terroríficos? ¿Algo procedente de las eras más arcaicas de nuestro mundo, quizá de mucho antes del nacimiento de nuestra humanidad?
Pugnaba por no creerlo, por pensar que debía haber otra explicación natural. Pero las palabras de Héctor seguían sonando en mis oídos. El gran dios Pan, señor de los mundos oscuros. La *siringa*, el símbolo de la terrible divinidad, quizá la fuente de su poder y de su misma existencia.
Puede que no me hubiera arriesgado a hacer lo que hice de no estar mi mente abotargada por aquella noche en vela y llena de emociones. Por la tarde intenté tranquilizarme y dormir, diciéndome a mí mismo una y cien veces que todo aquello no podía ser sino una acumulación de coincidencias, que cosas así no podían pasar en nuestro mundo real y racional. Pero no podía cerrar los ojos sin que espantosas visiones surgieran en mi mente.
Anochecía ya cuando recordé algo que me llevó al colmo de la inquietud. Aquella misma noche entraría de servicio William Peel, y quizá llevara consigo... Aquella sombra inquietante que vagaba por los pinares parecía buscar algo concreto, algo

que le había despertado de un sueño milenario, y que quizá necesitara de nuevo para desarrollar su poder. ¿Qué podía ocurrir aquella noche en el observatorio? ¿Y qué sucedería al amanecer, allí y en el resto del mundo, si la flauta de los siete tubos caía en manos de su legítimo poseedor?

El sueño huyó de mí, y me encontré en pie, pensando en lo que había de hacer. ¿Podría un hombre solo enfrentarse con una divinidad?

Al menos debía intentarlo. Recordé el sonido de la flauta, y los gritos terroríficos. Quizás aquello fuera simple locura, pero me procuré algo para contrarrestar aquellos efectos. Iría en persona al observatorio, pues una llamada telefónica sería inútil. ¿Cómo explicar por teléfono lo que ocurría, lo que podría ocurrir con la caída de la noche?

La oscuridad ya era casi completa cuando el automóvil me dejó frente a los últimos edificios universitarios. No había nadie a la vista, y me estremecía al pensar en el caminillo que debía ahora recorrer a pie, subiendo por la colina y rodeado de pinares susurrantes... entre los cuales podía ocultarse aquello que yo buscaba. Pero ahora no podía echarme atrás. Quizá con un arma... Busqué a mi alrededor, pero sólo pude ver una gran piedra junto al camino. A falta de cosa mejor la cogí, pobre arma frente a un dios.

Fue temerosa la subida por el sendero, con el fulgor intermitente de la luna, oculta a veces por negros nubarrones. Pero el susurro de la brisa en los pinares no se veía interrumpido por ningún rumor amenazante, por ningún grito extrahumano...

Fue otro sonido el que llegó a mis oídos cuando llegaba a la mitad del camino, un sonido que me detuvo en seco, dejándome paralizado donde me hallaba.

La *siringa*. La flauta de Pan.

Procedía, desde luego, del edificio. Quizá William la estaba tocando de nuevo, inconsciente del mal que la música podía atraer. Aunque, por lo que podía recordar, quizá la flauta producía su propia melodía, y utilizaba al ejecutante como un simple servidor. De todas formas, pese a la distancia a la que sonaba, la música me producía un efecto superior y distinto a la primera vez. Podía llegar a dominarme.

Pero precisamente había venido preparado, o al menos eso esperaba, contra aquel efecto. Saqué del bolsillo los tapones de cera y, cómo hiciera Ulises frente al embrujo de las sirenas me obturé con ellos los oídos. El sonido de la flauta cesó para mí.

No hallé a nadie en torno al edificio ni tampoco en el vestíbulo, cuando empujé la puerta semiabierta. Avancé por los pasillos desiertos, cruzando junto a las puertas cerradas de los despachos. No podía escuchar la melodía de la *siringa*, pero notaba una rara ondulación inmaterial que hacía vibrar mis nervios. La música estaba allí, aunque no pudiera dominarme.

Finalmente llegué ante la puerta de la sala de análisis. Quizás allí todos reunidos, subyugados por el sonido de la flauta tocada por William. Necesitaba interrumpir como fuera aquel horrible concierto antes de que sucediera lo que yo temía. Empujé la puerta y entré de golpe.

Sí, estaban todos allí, extrañamente arrodillados, de espaldas a mí, encarando la flauta y aquel que la tocaba. Pero éste no era William.

Retrocedí con un grito ante la vista de aquella monstruosidad que se hallaba acurrucada al fondo de la sala, dobladas las patas caprinas bajo sí, con la *siringa* en las poderosas manos de uñas puntiagudas y del color del ébano.

Ante mí, viviente, estaba el dios Pan.

Pude verlo a plena luz, con todo detalle. Su frente astada casi rozaba el techo, pese a estar el dios acurrucado. Vi sus rasgos anormales, sus orejas terminadas en punta, su severa barbilla, sus ojos crueles... éstos se fijaron en los míos, mientras la flauta continuaba adherida a su boca de demonio.

Con un sólo movimiento, todos quienes estaban en la sala se volvieron poniéndose en pie. Eran mis compañeros, mis amigos, pero ahora en sus ojos se reflejaba la misma crueldad de los de su amo. Me miraron y avanzaron hacia mí.

En un instante de locura pensé que aquellos hombres y mujeres a quienes tan bien conocía no pertenecían ya a la raza humana. Eran gente de Pan, los primeros de las grandes multitudes mundiales que pronto se transformarían en bestias, iniciándose en el culto salvaje al nuevo dios. Me harían pedazos.

Tuve el pensamiento de la huida, bien que demasiado sabía yo que no había refugio, que dondequiera que me ocultara más pronto o más tarde sería alcanzado por aquello que había nacido de la colina. Y al mismo tiempo sentí una terrible furia contra el ser que de tal forma pretendía adueñarse del mundo al que yo pertenecía.

En un gesto que entonces me pareció futil, alcé la mano y arrojé con todas mis fuerzas la piedra que había recogido junto al camino, a través de la sala hacia la divinidad que la señoreaba. Aún sabiendo que ningún choque podría conmoverle, ni ningún arma mortal causarle el menor daño.

Y lo imposible aconteció. Puede que, si Pan vivía, alguna otra divinidad pudiera actuar en su contra, que una mano inmaterial y más que humana auxiliara la mía en el loco acto ofensivo, y guiara al proyectil en su camino por el aire. Pues la piedra alcanzó de lleno la maléfica *siringa* de barro cocido, haciéndola pedazos en las mismas manos del monstruo.

Siguió una onda erizante que torturó mis músculos y mis huesos, y luego fue la conmoción. En una visión instantánea advertí cómo todos mis compañeros poseídos saltaban en el aire como alcanzados por una fuerte corriente eléctrica. Y luego la cosa me alcanzó, ignoro de qué forma. Un relámpago cegó mis ojos, me sentí alzado en el aire como por un huracán, y después fueron las tinieblas y la inconsciencia total.

*** * ***

Mis recuerdos embarullados fueron todo cuanto quedó de los acontecimientos ocurridos en aquella noche memorable, pues todos los demás asistentes quedaron privados de unas horas de memoria. No podían recordar lo que les había sucedido después de que iniciaran el servicio rutinario, y se asombraron cuando recobraron el conocimiento casi al amanecer, dispersos y tirados por el suelo como yo mismo, molidos y doloridos, pero de nuevo humanos.

El propio William encontraba difícil recordar todo lo referente a la flauta de siete tubos, e incluso los asistentes a los fenómenos precursores de la primera noche tenían extrañamente emborronados los recuerdos sobre aquellos.

Pero una prueba había quedado. Allá, en el fondo de la sala, el objeto inexplicable, que desafiaba a toda teoría. La gigantesca estatua de mármol, tallada en un sólo bloque, con inhumana maestría, según declararon los expertos. Una figura en forma de sátiro o de demonio de los bosques, con las manos junto al rostro en actitud de tocar una flauta que no existía ya, fuera de algunos cascotes que se hallaron a sus pies. Una escultura cuya presencia constituía un enigma insoluble, pues para sacarla hubo que derribar parte de un tabique.

Hoy se la puede contemplar en el museo de nuestra ciudad. Y la expresión de maldad que hay plasmada en su rostro llega a asustar a algunos de los visitantes.